



El oro de Tenochtitlan Aún se especula sobre la verdadera cuantía del tesoro de Moctezuma y si Hernán Cortés escondió o no para sí una porción considerable antes del reparto que a ninguno de sus hombres dejó satisfecho. Lo único cierto es que, según lo informado a la Corona española, el oro de los palacios de Tenochtitlan resultó insignificante frente a lo encontrado más tarde por Francisco Pizarro en el Imperio Inca. Así nos lo deja ver el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo: “Ya todo lo de Cortés parece noche con la claridad que vemos cuanto a la riqueza de la mar del Sur...”.

La arqueología moderna apunta en la misma dirección. Tras 34 años de excavaciones en el recinto sagrado de la capital mexicana, el Proyecto Templo Mayor ha recuperado 183 ofrendas que contenían decenas de miles de artefactos elaborados con piedras metamórficas azul-verdes, obsidiana, pedernal, concha, cobre y muchos otros materiales. Sin embargo, solo 14 de ellas incluían objetos de oro: 269 piezas completas –todas ellas de pequeñas dimensiones– y 834 fragmentos diminutos. El peso total de este magro conjunto es de apenas 532 gramos, lo que se antoja poco ante los 3.5 kilogramos de oro de la Tumba 7 de Monte Albán y, sobre todo, ante las decenas de kilogramos halladas en las tumbas peruanas de Sicán.

¿Cómo explicar tal escasez en la antigua Tenochtitlan? Recordemos que México es un país pobre en oro, máxime si lo comparamos con las naciones andinas o con los estados norteamericanos de California y Alaska. Además, es bien sabido que la metalurgia se introdujo muy tardíamente en Mesoamérica y que allí nunca se implementó la obtención del oro a partir de minerales de cobre, plomo, plata o zinc. Por tanto, los mexicas, los mixtecos y otros pueblos se vieron limitados a explotarlo en su estado nativo. Así las cosas, y aunque se trabajó con gran maestría, el oro nunca alcanzó la relevancia económica, social, política y religiosa que gozaron materias suntuarias como las plumas de colores y las piedras metamórficas azul-verdes. —Leonardo López Luján y José Luis Ruvalcaba Sil

La ofrenda 126 contenía numerosos objetos de oro, entre ellos cascabeles e insignias en forma de caracoles cortados y orejeras. Eran los ornamentos de un águila, un lobo y varios cuchillos de pedernal.

